

José María Bulnes\*

## La guerra de Chile

### *Introducción*

El movimiento mundial de solidaridad con Chile es un hecho político que debe ser considerado y analizado con la mayor atención y profundidad. Reconocer sus alcances y sus consecuencias es de incalculable importancia no sólo para los chilenos, sino para todos los latinoamericanos.

Las definiciones a partir de las cuales le será posible a la Resistencia chilena asegurarse los apoyos indispensables, atraer los recursos necesarios e incorporar y organizar en un solo frente a las fuerzas que deberán constituirla, exigen una claridad muy grande al respecto.

Las interpretaciones favorables o contrarias que ven en esa solidaridad el resultado de una conspiración de voluntades resultan, como visión, ingenuas y, ya sólo por inútiles, muy faltas de sentido. Pero una explicación o planteamiento aceptables no se imponen con evidencia: sólo comienzan a tomar forma en la perspectiva de lo que realmente, y en el fondo, está en juego, con la problemática del proyecto de las alternativas futuras.

En primer lugar, es indispensable la revisión de lo que es Chile y de lo que es el mundo hoy.

Un hecho es claro: Chile no es lo que el común de los chilenos pensaba.

El derrumbe en Chile de la utopía política del Estado liberal arrastra también consigo al otro polo dialéctico de esa utopía, vale decir, al mito nacional tradicional, firme y característico refugio ideológico de todas las reacciones y de todas las ilusiones, y sobre el cual se construía, habitualmente, lo demás.

Esto sólo hace al caso chileno, tanto como la manifestación en Chile de un resurgimiento del fascismo con posibilidades muy serias de propagarse si lograra o se le permitiera afianzarse, un caso de decisivo interés y urgente para América Latina, para el Tercer Mundo e incluso para muchos países europeos y para los propios Estados Unidos.

La inviabilidad de la extensión de la asequibilidad a todo un pueblo de unas metas económicas que eran bandera disputada del capitalismo y del socialismo, hace inexorable en Chile el desastre económico de cualquier fórmula

\* Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, ex-profesor asesor de la vicerrectoría académica y director del Programa O'Higgins-CEREN, de la Universidad Católica de Chile.

liberal o tradicional y, desde luego, el derrumbe de la fórmula extrema que ha ensayado la reacción, comprometiendo en ella definitivamente la economía y las estructuras administrativas del país. También en este aspecto, Chile se convierte en un caso límite.

No es, pues, extraño el interés por Chile, ni es tan aventurado suponer que Chile pudiera muy bien convertirse en un foco de lucha decisivo, porque de hecho, en más de alguna forma, ya lo es.

Siendo otros los tiempos y las circunstancias, lo señalado, el horror de lo ocurrido y de lo que ocurre en Chile, podría perder importancia o irse olvidando en la aceptación de lo que con el tiempo pasa a adquirir la vigencia de un estado de cosas irreparable en un punto circunscrito de la tierra. Era lo que se proponían los políticos y militares que se conjuraron para poner un alto, por el exterminio, a un proceso político y social que veían inatajable por otros medios y que de continuarse los llevaba inevitablemente al socialismo. Lo que se ha dado y el error de ese cálculo —que tanto los sorprende— estriba en el hecho que no veían que, en la particular situación histórica del presente, el caso de Chile no puede ser aceptado por ningún país como una anécdota, sino al precio de pagar muy caro el descuido.

Las dos armas de la Junta: frente al mundo, el apoyo norteamericano, y frente al propio pueblo, el terror, la militarización y la re-educación del país, son armas cuya definitiva debilidad quedaron al descubierto en toda su crudeza en el sureste asiático.

Ante este dato, se plantea de nuevo el problema que para Ernesto "Che" Guevara tenía una sola respuesta, sobre la similitud o disimilitud fundamental de los casos de Vietnam y de América Latina.

Pero es ya otro dato que la pública confesión obligada de su intervención en Chile, del presidente de los Estados Unidos y del secretario de Estado Kissinger, así como las nuevas revelaciones oficiales sobre el papel que ha venido desempeñando y que sigue desempeñando la CIA en todo el mundo y sobre las operaciones de las compañías trasnacionales, lejos de enfriar la solidaridad internacional, la han hecho más activa. Para terminar de restar apoyo a la Junta Militar chilena, en un campo que podría suponerse favorablemente neutral, concurren también las buenas razones de un capitalismo ligado a un esquema internacional de equilibrio y pluralismo cultural y político, que necesita, para sostenerse, ganar en dura competencia con los Estados Unidos nuevos y durables mercados y zonas de influencia, y no arriesgarlos, por pequeños negocios inmediatos, manteniendo por todo ello, ante gobiernos repudiados, un pragmatismo económico o un apoliticismo dogmático.

Pero tampoco es posible engañarse y confundir la solidaridad mundial en el plano ideológico, y aun el apoyo discreto para mantener debilitado un poder *de facto* repugnante, con lo que llevaría a la derrota definitiva de un régimen.

Particularmente, en el caso de Chile, la derrota del fascismo implica una operación de aislamiento suficiente y de apoyo directo en una variedad de terrenos que, sin la neutralidad o el descuido o contra la voluntad de los

Estados Unidos, no ha tenido hasta ahora antecedentes en América Latina. La gestión y responsabilidad última de esta operación sólo recae en la organización de la propia Resistencia chilena que ha de ir cada vez más dejando de ser reflejo de un pasado para convertirse en algo que efectivamente pueda responder a las necesidades de una gran lucha revolucionaria. Y para ello se hace imprescindible un gran esfuerzo de análisis, de revisión de muchos viejos supuestos, de imaginación y de disciplina para situarse, como primer requisito, en el lugar exacto sobre el cual pueda darse, efectiva y eficazmente, su lucha y establecer su encuentro con el resto del mundo.

## I

Las noticias de Chile, en todas partes del mundo, traen a la conciencia el mensaje de la importancia de un orden político cuya mantención no esté nunca librada a la buena voluntad o fidelidad de un aparato de guerra uniformado, como de un sistema económico lo más independiente posible de los Estados Unidos. Chile, en efecto, se ha convertido en la vitrina mundial —desprestigiante e insostenible para el coloso industrial norteamericano— de los peores horrores del fascismo y de las insalvables contradicciones ideológicas y materiales del sistema de articulación política y económica del orden internacional defendido y propiciado por Kissinger.

Pero Chile no es sólo esa vitrina de horrores y contradicciones, sino una enercujada histórica. Es esto lo que explica aquello. El hecho se percibe intuitivamente, pero de todos modos sorprende, por las dimensiones y condiciones del país en que vino a darse.

Hasta el día de hoy, siempre que se ha tratado de ordenar o reordenar la vida social de un conjunto humano, se ha necesitado circunscribir, sintetizar y explicar una historia demasiado abierta hacia unos principios y unos fines desconocidos, mediante un mito y una utopía.

En el mito, como representación cerrada de una acción, queda asignada la responsabilidad última o la razón de la realidad social e histórica del conjunto, a elementos postulados como verdaderos causantes en esa acción protagonizada por ellos y que daría cuenta del conjunto o de lo fundamental de la realidad que se trata de explicar. Y en la utopía, como horizonte de la vida colectiva, se plantearía la posibilidad de un modelo de sociedad perfecta o de organización social indefinidamente perfeccionable apoyado en unas esperanzas ubicadas siempre más allá de cualquier campo que pudiera, estrictamente, ser señalado como ámbito propio de una determinada acción.

Parecería que en cada tramo prolongado de historia —ya se trate de un mundo cultural o de un pueblo— encontramos un mito y una utopía que dominan. La política se ha movido invocando ese mito y reclamando esa utopía.

La utopía política del Estado liberal y el mito nacional fueron en Occidente la concreción última de este mecanismo dialéctico social y político. El tratamiento habitual que se hace del asunto resulta insuficiente y pobre, por-

que sólo reitera la vinculación de esa utopía y de ese mito con las relaciones de producción y con los intereses y contradicciones de las burguesías locales. Así se podrán aclarar ciertos hechos a quienes los ignoran, y denunciarse ciertos valores que suelen adoptar diversas formas, pero poco se avanza en lo que habría que procurar entender para romper el círculo mágico formado por los dos esquemas.

No faltarán quienes sostengan que este círculo ya ha quedado definitivamente roto. En teoría, ello podría sostenerse. Pero no es en la teoría donde se consagran o quedan efectivamente abolidos los mitos y las utopías sociales. Es un hecho constatable que, en medio de las intenciones revolucionarias más sinceras y de la repetición sostenida de los fundamentos ideológicos más radicales, se mantienen hondas devociones al mito tradicional de la nación y a lo fundamental de la utopía del Estado liberal, sin que se vea un camino claro para librarse en los hechos de estos asiduos fantasmas. Y el error más grave sería restarle importancia al caso, explicándolo en términos de una concesión demagógica menor que se le hace a la fábula, demasiado arraigada en la mente colectiva como para ser eliminada de golpe. La tarea, sin duda, puede ser muy difícil, pero las consecuencias de lo que pudiera pensarse que es una concesión menor resultarían, en esto, demasiado caras.

Si la utopía política del Estado liberal y el mito nacional son la concreción última, como decimos, del mecanismo dialéctico descrito, no será la más débil, sino lo contrario, porque decantaría lo esencial del mecanismo. Para ver esto será preciso convencerse del papel fundamental que pasa a jugar lo ideológico en el último momento de un proceso de reproducción de una situación *material*, para enfrentar la teoría que anuncia su fin. Siempre se entendió que los dioses arrastraban un mundo entero en el momento de morir. Y Chile es un ejemplo que permite ilustrar con claridad y detalle lo que decimos.

Una doble experiencia contradictoria, típica de nuestro siglo, resume y da la medida de lo planteado: por un lado, en el cerco configurado por la utopía y el mito, la inmovilidad o el lentísimo cambio en lo político, frente a la indescriptible transformación del mundo vivencial, intelectual, psicológico, cultural, técnico y científico. Las revoluciones se han dado siempre en la periferia. En los países centro de los procesos de esas transformaciones, el juego de las acciones liberadoras y de las reacciones consecuentes que tejen la vida política, podría describirse sólo como un constante y uniforme ir y venir entre el mito y la utopía. En una dirección, como los esforzados intentos de salto hacia la utopía; en la otra, como la huida o el retroceso animal al refugio del mito, tomado cada vez más, por el desgaste del correr del tiempo, en su carácter último y simple de condición imaginaria y gratuita, despojado de toda su original virtud impulsadora. En cada momento de ese ir y venir, se reformularía ligeramente la utopía o el mito, pero se reproduciría a la postre el uno y la otra, por debajo de esos cambios de acento, con terrible semejanza. Y esto, en un proceso que se cumple ya no se sabe si más en los hechos que en la conciencia, si en el conjunto o en cada ser humano. Testimonio de ello:

la vida cotidiana, las contiendas electorales, la alternancia de los discursos, la retórica de ellos y las doctrinas. Por el otro lado, la experiencia inolvidable de los pueblos marchando y cantando, en el momento que parecía que finalmente alcanzaban su libertad, sin otra mayor organización de su canto que la que podía nacer de una nueva conciencia virgen recién hallada.

Particularmente interesa, y nos acerca al caso de Chile, observar cómo todo esto viene a darse con tan terribles vaivenes en las fronteras periféricas. Parece explicarse suficientemente esto en el que por lo mismo que en su expansión lo que busca un poder es una base más controlable y más amplia, es en esas y sobre esas regiones de apoyo donde se siguen más fielmente los lineamientos teóricos de todos los modelos, donde se impone el mayor rigor doctrinal, donde se manifiesta con mayor crudeza la explotación, donde se levantan las mayores disputas y las luchas fronterizas decisivas, y donde se hacen presentes con más fuerza las contradicciones.

El nombre de Chile fue conocido durante la Conquista debido a la guerra de Arauco, que se llamó también la Guerra de Chile. Fue esa guerra interminable, que detuvo inesperadamente a España en un breve y angosto paso para el último confín meridional de América, lo que le dio a Chile su fama. Y de esa fama se hizo cargo, proyectándola al mito, el poema de Ercilla, *La Araucana*. El poema, recibido como fiel testamento, apenas embellecido, de los orígenes y de los antepasados, fue para el criollo explicación del valor de la tierra y su dominio y, en ese sentido, presagio de un destino que de hecho se veía cumplido a la vista de otros pueblos. En la hora de la Independencia, en sus conjeturas sobre el porvenir de América que resumió Bolívar en su *Carta de Jamaica*, Chile representa la encarnación de un utópico modelo republicano.

Sin el mito es imposible comprender la convicción y la reiteración de las invocaciones de quienes gobernaron a Chile hasta ayer, aunque ellas se hicieran muchas veces a sabiendas de que sólo por el mito —en el nombre de Chile y de su grandeza— era posible unir gobernantes y sometidos, poseedores y desposeídos, capitalinos y provincianos, y lograr atraer sobre Chile recursos y voluntades mayores que los muy pocos que era dable esperar naturalmente para la dudosa empresa que era el país.

Si como la de cualquier pueblo, su existencia se ligaba a una voluntad de ser, en su caso particular esa voluntad acompañó también a la necesidad de una continua negociación que sus hombres tuvieron desde un comienzo que mantener esforzadamente consigo mismos y con los demás, como en diferentes medidas fue el caso de todos los pueblos de la América mestiza, donde los mitos nacionales se entroncan con un problema de tipo casi empresarial, característico del momento histórico en que Occidente iniciaba su expansión por el mundo.

Desde Colón, cada región del Nuevo Mundo fue bautizada en las mismas aguas del mito del rencuentro con el primer Oriente, del mito del Edén y de la Edad Dorada, y en las promesas milenarias del futuro. En el caso de Chile fueron las Cartas de Valdivia. Quien las lee, no llega a saber si lo que

habla más en ellas es el enamoramiento del hombre con la tierra, la dedicación del fundador o la ambición del hombre de armas de lograr un poder mayor engañando al monarca. Porque Chile era una tierra bastante pobre y difícil. En honor del valor de Valdivia está su muerte a manos de los araucanos.

Pero, como en tantos otros casos, el mito vino a cubrir y a dar expresión positiva, y salida, a las estrecheces de las propias circunstancias o condiciones, cumpliendo, así, originalmente, un papel liberador y movilizador; liberando de la indeterminación —asimilable a la esclavitud— ante unas realidades u otros mitos que habían ya perdido su función y se habían hecho opresivos, e identificando y reuniendo los elementos que daban sentido a la vida.

Desde el mito puede divisarse también la trasmisión de las virtudes y pecados compartidos: en el caso de Chile, ese atrayente y a la vez molesto y totalmente infundado sentido de superioridad colectiva, y esa actitud receptiva e imitadora que tanto agrada al extranjero, sobre todo al inmigrante.

Como si se tratara de una posible nueva Inglaterra republicana sobre las costas americanas del frío Pacífico Sur, apenas consolidado su Estado, Chile hubo de escribir sobre su escudo: "Por la razón o la fuerza", y hubo de intentar proyectarse como temible potencia en el mar. Y, asociando sus anhelos al azul de su cielo entre la inmensidad de sus Andes y el Océano, su emblema sería el de la estrella multiplicada en el Norte, pero en su caso solitaria, que brilla sola para poner en su soledad lejana todo su prestigio.

Pero entonces el país —como menor y tan distante— sólo podía ser un lejano colorido. Y una que otra referencia de prepotencias bélicas posteriores felizmente coronadas, cierta presencia diplomática y algunos productos, como el nitrato natural del país primero o el cobre después, no han de haber cambiado mayormente esa percepción general de la tierra que, con todo, se destacaba en América por su gran estabilidad y libertad.

La fisonomía política de Chile sólo comenzó a cobrar relieve cuando precisamente el color dejó de ser, junto con la cultura, la referencia principal que obligaban la curiosidad y la elegancia de las viejas metrópolis. Fue la Primera Guerra, la Revolución de Octubre y lo que siguió, hasta la Segunda y su fin. En el cambio del mundo que tuvo lugar, ninguna parte del Asia continuó siendo remota, el África hubo de dejar de ser negra o bárbara, y América Latina dejó también de ser pintoresca. En el conjunto latinoamericano que emergía como un tercer interlocutor potencial entre el capitalismo triunfante o los sagrados derechos establecidos y la revolución, Chile, por su ininterrumpido proceso político democrático, que reflejaba con innegable fuerza propia las situaciones y debates de la hora europea, llamaba la atención particularmente y atraía algunas miradas.

En la alternativa crítica planteada por la sorpresa de la Revolución Cubana en el contexto americano, Chile se convirtió en el mayor beneficiario de la Alianza para el Progreso. Como en una ascensión de su estrella —a juicio de muchos—, ganaba el país un lugar de fama y respaldo como punto estratégico de una política de penetración y reforma emprendida por el Imperio en su zona de influencia más cercana. Al proyecto imperial se sumaban

otros proyectos fraguados en Europa, particularmente el de la iglesia romana. Por lo mismo, el triunfo de la Revolución en Cuba, el asesinato del presidente y el triunfo de la reacción republicana en los Estados Unidos, y el fracaso total de la Alianza pasaron, como hechos irreversibles, a repercutir en Chile que ya iba dejando de ser Chile solamente, para convertirse en medida de una situación mucho más amplia, con tantas alternativas de matices como potencialidades inesperadas.

No es, pues, nada sorprendente que el triunfo de la Unidad Popular y de Salvador Allende, en las elecciones presidenciales en 1970, y el inédito proceso político anunciado que se siguió, de transición pacífica y legal hacia el socialismo, así como las fuertes medidas y leyes adoptadas frente a las grandes inversiones extranjeras, concitaron sobre Chile ya no sólo el interés, sino las esperanzas y el entusiasmo de hombres y partidos en todo el mundo. Chile pasa a verse como un frente decisivo, y el pueblo chileno mismo, por primera vez, pasa a ser considerado un actor importante en el drama del presente y del futuro de muchos pueblos. Lo que de ahí en adelante ocurriera en Chile gravitaría fuertemente en el juego de fuerzas y tendencias en pugna en todas partes.

Al cabo de tres años de expectación y de creciente admiración ante los logros y el avance del proceso chileno, que iba superando uno a uno los obstáculos que ponían en su camino la reacción interna y los grandes intereses internacionales afectados, menos sorprendente aun resulta la respuesta del mundo ante el intento de un cambio total de escena; ante el hecho de que Chile se convirtiera de pronto, por decisión de esos intereses, en cínico ejemplo aleccionador de la mejor razón de los cañones y en el espantoso campo de ensayo de un nuevo Nuevo Orden limpio, fundado en el terror y el castigo que el mundo ya había conocido demasiado bien.

Con sólo las primeras informaciones, y ante las pantallas noticiosas, los ojos cansados de la humanidad distinguieron nítidamente, en el combate y holocausto de Allende entre los hundidos escombros del Palacio de la Moneda, en sus últimas y proféticas palabras, y en la operación que comenzó en todo el país, el nuevo rostro posible del fascismo, sostenido esta vez casi exclusivamente en la miseria moral, la frivolidad y la crueldad implacable de unos estratos sociales rapaces, tan bien vestidos como profundamente incultos y ciegos, llenos de temor por sus privilegios, que estaban presentes y amenazantes dondequiera.

A esa percepción iba unido un sentimiento y una determinación de que tal cosa no podía ser permitida en ninguna parte del mundo y menos en Chile, cuyo caso no podía ser aceptado como una anécdota. Chile ya no era un colorido ni una promesa, ni sólo un frente de lucha decisivo; en muchos sentidos, Chile podía ser el comienzo de la agonía de un viejo monstruo o el inicio de una nueva e irrenunciable guerra de frontera.

El mito de Chile muere a manos de sus más fervorosos sustentadores, que aún lo invocan por última vez en su forma más perversa. Chile queda como ejemplo puro del proceso de un mito nacional a partir del cual se formula

la utopía política del Estado liberal con todas sus variantes imaginables, y que unido a esa utopía acabará por conocer su insalvable contradicción en un ascenso a los extremos sin más resolución posible que el choque violento y la derogación de su fundamental y falso supuesto.

Al bosque templado y húmedo que poblaba el pueblo araucano, teatro de la famosa Guerra de Chile, España lo llamó La Frontera. La nueva guerra de Chile también será de frontera, en el sentido que declaró Salvador Allende, como resguardo del proceso de transición pacífica al socialismo, en su formulación de la necesidad y posibilidad de superar las fronteras ideológicas en un orden fundado en el respeto a la libre determinación de los pueblos.

## II

Reconocer no la inevitabilidad del acontecer histórico concreto, pero sí su tremenda lógica interna, es la base de la meditación a que obliga la tragedia, como momento terrible y privilegiado.

Para los chilenos será largo el llegar a hacerse cargo de todo lo que les ha ocurrido, de todo lo implicado en una crisis que no contradice, sino sólo aparentemente, el Chile que se había vivido soñando tanto tiempo.

Por las razones históricas ya bosquejadas, los chilenos dedicaron siempre un gran esfuerzo a la exportación de una idea de sí mismos. Y el mundo le devolvía a Chile una imagen de él que no respondía nunca del todo a la que los chilenos trataban de imponer partiendo de adhesiones filiales que los arrastraban más a propugnar que a ver el suelo al que pertenecían. Teniendo en cuenta su lejanía de los grandes centros metropolitanos y virreinales y su relativo aislamiento, Chile fue seguramente uno de los países de América Latina en que más faltó hasta ahora, con la excepción quizás de algunos momentos de su Independencia, una referencia objetiva clara en este aspecto. Pocos chilenos, hasta ayer, habrían aceptado lo que más arriba se dijo de que Chile apenas si era algo más que un colorido. Muchos se engañaban con la respuesta educada que recibía a menudo su alegato personal, que era una respuesta diplomática, dada a sabiendas. El asunto sólo interesa en su engarce con lo que define fundamentalmente la interpretación del mundo y el horizonte que pasan a establecer y delimitar el campo y la dirección de toda la empresa política del Estado en un pueblo nuevo, no sólo hacia el exterior, sino también hacia adentro, en el terreno de las racionalizaciones que sustentan los aspectos fundamentalmente ideológicos de su política interna.

En un momento como el de Chile hoy, en que todo lo construido tan paciente o largamente desde ahí ha sido desbaratado y mostrado al mismo tiempo su vacío, si no su gran pecado oculto, una revisión de esas creencias parece decisiva no sólo para jugar lo presente, sino para repensar las perspectivas. Nada justifica el no hacerla, desde el momento que nada de lo ocurrido no estaba dado desde antes, y sólo era ocultado por el mito. Y ya en el terreno del mito, lo que pudiera observarse ahora, fue advertido desde an-

tiguo: primero, su precio, que es el mismo que el de vano prestigio o del engaño. Precio que en la vida individual a veces sólo se paga en la vejez, pero que en la vida de un pueblo se paga día a día y cada vez más caro hasta que ya no es posible seguir y el pueblo se rebela. Y entonces, en segundo lugar, la develación de la fuerza de los guardianes del culto. Momento en que se atropella con todos los rituales, en que se hace escarnio de los derechos del pueblo a sentarse y vivir dentro del templo y a deliberar sobre los misterios, y se lo lanza a la calle; en que se desenmascaran las pretendidas igualdades, y en que, finalmente, aparecen los sacerdotes aliados con las espadas, e invocando por última vez el mito bañan la tierra con sangre.

Insistimos en el mito porque las referencias a la interpretación del mundo y al horizonte de que hablamos, quedan perfectamente englobadas en el campo y en la polaridad del mito y de la utopía y, ya en la referencia al mito y a la utopía, en la caracterización específica del mito nacional y la utopía del Estado liberal.

En Chile, la última etapa del proceso del ascenso a los extremos de su contradicción comenzó a vivirse en los años 40 y 50, cuando Chile comenzó a sufrir con creciente amargura el hecho de sentirse con derecho a una cierta ascendencia en América Latina, de aspirar a mucho y de medir cada día con mayor certidumbre su atraso y su pobreza, sabiéndose además manejado sin gran esfuerzo por los intereses fríos y egoístas de un mundo enormemente poderoso y agresivamente insensible a las historias y orgullos locales de sus sometidos; viendo cerrarse su horizonte o abrirse tan velozmente la brecha de la desigualdad como para entender que sólo se era un número y muy pequeño en un conjunto.

Adornado con demasiadas banderas de empresas inciertas, de prestigio y modernidad, de redención social, de industrialización, de adelanto de las artes y ciencias, de teorías de lo propio y de lo ajeno, la nave del Estado chileno era un barco pequeño que navegaba apenas, lastrado por la miseria, el endeudamiento y la inflación, convirtiéndose en fin en la historia anecdótica de un mito local embancado en la realidad objetiva de su estrecha circunstancia. Cada seis años, en cada campaña electoral, volvía a renacer el fervor. Los gobiernos que se sucedían parecían ir como poniendo a prueba, de común acuerdo, casi una por una, todas las fórmulas prácticas, ideológicas y simbólicas que los chilenos conocían, mientras los alertas intereses del capitalismo extranjero, de las viejas instituciones religiosas y de las nuevas clases empresariales en ascenso iban tentando toda suerte de experimentos en un campo que, por lo protegido, abarcable, maleable y uniforme, no ofrecía mayores riesgos. Sólo saliendo del país por un largo tiempo, era posible para algunos darse cuenta de la tristeza y de la gravedad de esos ensayos que desviaban las miradas intuitivas del pueblo y que ocultaban con un juego de espejos y colores sus orígenes y sus fines. Y era por encima o por debajo de estas figuras que el verdadero proceso continuaba, cada vez menos secreto, en su curso inexorable hacia el momento —tantas veces cercano para unos y temido para otros, y tantas veces postergado— de la cancelación de las deudas.

“La hora de la verdad” lo etiquetó, atribuyéndosela, el hombre que tuvo a su cargo desde la presidencia del país la dirección de la operación concebida por la Alianza, y a quien insidiosamente el neo-fascismo brasileño católico dejó bautizado entonces con el apodo de “el Kerenski chileno”.

En el ir y venir entre la utopía política del Estado liberal y el mito nacional, Chile, cargado con todo el peso de su mito —que era, a la vez, racial, cultural, militar, burgués y autoritario— había oscilado muchas veces entre el recurso supersticioso a las fórmulas de autoridad y mano dura, y la invocación a la fórmula sagrada de la democracia representativa, en la que se ubicaban casi todos los partidos de izquierda a través de su largo camino de conquista paulatina de posiciones en la estructura del Estado tradicional. Sabemos el resultado de la campaña del 70. Toda la izquierda chilena había atronado el país con el grito y el canto de Venceremos y, como Allende lo dijo al comenzar su discurso la noche del triunfo, habían efectivamente vencido.

¿Cuál podía ser la salida política, en la situación inédita de un gobierno popular comprometido con un proceso hacia el socialismo, y de un Parlamento en que la fuerza de negociación que tenía la izquierda cuando era oposición se veía casi anulada ante la consolidación de las otras fuerzas, decididas a recuperar el poder? Para nadie la pregunta fue ajena, y todas las posibles respuestas fueron pormenorizadas y analizadas hasta sus últimas consecuencias. La decisión de Salvador Allende y de la combinación de todas las fuerzas de la izquierda que lo respaldaban, garantizaba un escenario ideal para un proceso cuya evolución y resultado iba a valer de todos modos como hecho significativo para los pueblos no sólo de América Latina y del Tercer Mundo, sino también para los países europeos, que de expotencias mundiales e imperiales se habían transformado en economías amenazadas o dependientes de Norteamérica. Para los revolucionarios, en todas partes del mundo, la experiencia chilena era una prueba de fuego absolutamente necesaria que se cumplía en unas condiciones óptimas de ejecución. Ello protegía el proceso chileno y fortalecía la conciencia de la izquierda, así como el sentimiento de orgullo nacional del pueblo. La idea central era la de una escalada democrática y legal del pueblo, de las grandes mayorías, en un proceso de toma de su destino y de las riquezas del país en sus manos, vía un proceso de conciencia y de legislación, y de un proceso de lucha organizado por unos partidos que apoyaban a un gobierno que indiscutiblemente era del pueblo, que se decía y que estaba en todo con la causa del pueblo. La idea era muy simple, y no se veía cómo podía fracasar si las fuerzas armadas se mantenían en su tradición de profesionalidad, de respeto a la Constitución, de fuerte institucionalidad. Si en Chile se respetaba la ley, y se avanzaba con audacia en una política económica que se fundaba en la realidad de los trabajadores y que conducía a su movilización creciente, y se iban incorporando a esta nueva visión del movimiento de independencia las capas medias objetivamente favorecidas, y hombres de armas como los comandantes en jefe Schneider y Prats, con el apoyo y solidaridad del mundo con el proceso, Estados Unidos

podría estorbar su desarrollo, pero no impedirlo. El diseño era claro y posible, y tenía que darse, como se dio, en una carrera contra el tiempo.

Pero el error fue no ver que la estructura del Chile tradicional, aunque estuviera arruinada desde mucho tiempo, no era frágil en modo alguno, ya que ese Chile y hasta su misma belleza había sido obra de cuatro siglos de feroz dominación de labradores sin imaginación, duros y avaros, que habían configurado como auténticos colonos un modelo de actividad y de vida apropiado a una explotación y acumulación lenta y sin piedad con el hombre ni con los sueños de sus hijos. Que Chile, por lo tanto, era hermoso a fuerza de ser campo, y era campo a fuerza de ser una empresa especulativa y política seca pero sólida, como los eucaliptus importados de Australia que le daban alguna sombra y madera, pero no frutos ni color a sus caminos. Y que el ejército chileno no era una institución respetable, porque las instituciones respetables ya no existían, sino un artilugio del Estado chileno tradicional, oligárquico, comerciante, expansionista, insolidario con el resto de América, orgulloso de su tono europeo y medrador ante las potencias de turno, y que todo lo demás era mentirosa nostalgia y patriotismo de manuales escolares. Que el pueblo de Chile, por lo tanto, no sólo era pobre económicamente y no sólo estaba desnutrido, sino que además estaba cargado de un lastre muy pesado de engaños. Que las universidades chilenas, aun financiadas como lo estaban todas por el Estado, eran otro reducto de esa misma actitud irrecuperable en un plazo breve, para una aventura política colectiva de la magnitud que propiciaba el Programa de la Unidad Popular. Que, en conclusión, la trama del país no estaba preparada para enfrentar adecuadamente la empresa que se proponía. Como no estaba preparada el alma del campeón de la Revolución en Libertad demócratacristiana para abstenerse siquiera de incitar al golpe de Estado. Como el alma de la casi totalidad de los obispos, que no estaba preparada para mucho más que el oportunismo. Como los uniformados, que en su gran mayoría sólo sabían servir los mitos que los enaltecían. Como la escuela, que no daba para mucho más que para premiar a los privilegiados que se auto-seleccionaban en ella. Como las profesiones, que no daban para otra cosa que para mantener sus cotos y monopolios de caza. Como los mismos partidos políticos, electorales y parlamentarios, que tampoco daban.

Se podría decir que no hay nada en esto que no se sepa. Si Chile hubiera sido otra cosa, aun con todas las armas y el apoyo norteamericano, el golpe habría sido imposible. Allende estaría vivo, o sus últimas palabras habrían tenido, el 11 de septiembre, un tono de guerra distinto. Pero lo que interesa al decir que Chile no estaba preparado, que el ánimo de una mitad de los chilenos contradecía demasiado hondamente los supuestos de lo que se intentaba, es hacer ver que la ascensión a los extremos que se había ido produciendo en Chile desde los tiempos de Alessandri y Frei, y que se aceleró en el triunfo de la Unidad Popular, no fue en la parte correspondiente a ésta, fruto de ningún extremismo. El verdadero puño cerrado era el de la Derecha. Y en eso acierta la intuición del artista, del hombre que ve, en ese cuadro del pintor Matta donde la estrella de la bandera era la mano abierta, con la

leyenda: "No hay más hermosa estrella que la mano de un obrero." Pero esto era, precisamente, la inversión completa del mito. Y Matta tiene razón cuando habla de La Moneda chica, la casa en que vivía Miguel Enríquez y que fue atacada con un inmenso aparato militar que él resistió, y donde el hijo que iba a nacer de su compañera Carmen Castillo Echeverría apenas llegó a ver la luz. Y es lo que supo Kissinger, y por eso se propuso no derrocar directamente de inmediato, sino "desestabilizar" el gobierno de Salvador Allende. Para ello contaba con una realidad, que el propio autócrata chileno Portales describió hace 140 años con su expresión "el peso de la noche". Y Pinochet fue sólo el instrumento a mano, que siempre se encuentra.

El problema del Chile de la Unidad Popular era el problema de las limitaciones que se tocan de pronto en el camino del cumplimiento de una revolución. ¿Qué país con historia no ha conocido esos momentáneos terribles desenlaces? El problema es casi un problema biológico: el de la vida de un sistema político que se derrumba por su propia contradicción interna cuando el desarrollo de la conciencia lo lleva a enfrentar su propia razón de ser. Concretamente es, en el caso chileno, el problema del Estado liberal y del mito nacional, si no el de la disolución del Estado de que nos habla Lenin en *El Estado y la revolución*, y que no sería necesariamente una disolución tranquila o que sólo ocurra una vez establecida la dictadura del proletariado. En el caso chileno, esa disolución habría comenzado cuando se llegó tan sólo a temer el establecimiento de un proceso irreversible que llevaba al socialismo.

Podrá decirse que tal o cual sector de la izquierda chilena siempre denunció claramente el peligro. Es cierto esto, pero es seguramente también cierto que nunca se llegó en general, aun dentro de esos sectores, a creer al pie de la letra lo que se decía, y menos, por lo mismo, a estar preparados para una efectiva eventualidad semejante. Es la única explicación que cabe para no arrojar un juicio condenatorio, por absoluta irresponsabilidad o inconsecuencia, sobre los líderes de la izquierda chilena. El pecado del Chile Popular fue, pues, un pecado de mimetismo con una historia mítica, por una parte, y con una Europa, por otra, que nunca existió. Fue un pecado de ilustrados, de orgullo nacional y de profundo colonialismo. Sólo ese orgullo permite explicar también su conducta desaprensiva sobre las circunstancias que permiten o que impiden una política tan abierta como la que se jugó. Los hábitos arraigados de los partidos en años y años de oposición, parecen haber constituido algo así como un carácter. Una vez en el gobierno, y con un programa tan hermoso y claro, conocido de todo el mundo, continuaron hablando y analizando la situación en la misma forma que cuando estaban en la oposición, revelando todas sus dudas, sus alternativas, sus planes, sus intenciones más utópicas. Ellos constituían un doble del gobierno, haciendo proselitismo cada uno para su tienda, sindicando a sus opositores y sindicándose entre ellos mismos en unos términos apasionantes para la juventud universitaria y para los cronistas del proceso, pero nada alentadores para el gobernante ni para el pueblo largamente oprimido y sufriente, que no especulaba sino sobre una dura realidad larga y tristemente experimentada.

Día tras día, entregó así la izquierda nuevas e irrefutables armas a la demagogia de las fuerzas opositoras, que sabían bien usarlas, porque toda su ideología coincidía con el largo manejo y las elaboraciones del mito común. A ratos parecía que se pensaba el proceso como un movimiento estudiantil o un debate parlamentario dentro de un partido o de una revolución triunfante. Se olvidaba demasiado lo que había sido y lo que seguía siendo la formación de las clases medias, del campesinado, de los militares. Se los escandalizaba, se los olvidaba o se los invitaba a participar en una argumentación y en una forma de discusión absolutamente ajenas a esa formación que también era parte en ellos de su particular carácter. Paradójicamente, en ese mundo semi-fantástico, eran muchos más de lo pensable los que sin ser de izquierda anteriormente, se sentían tentados a vivir la nueva experiencia, y los que oscilaban fascinados entre creer en la posibilidad de esta nueva realidad y oponerse a ella.

Así se llegó a las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, que ofuscaron a muchos, porque la invulnerabilidad del proceso no podía ubicarse fundamentalmente en el aumento de la popularidad de la izquierda, descuidando los mecanismos de repliegue y ataque de un enemigo encarnizado, o del gran número de los perplejos y tímidos ante un peligro mayor o ante una alternativa de vida o muerte. Mecanismos que no era imposible suponer que iban a volver a funcionar en un pueblo no guerrero y que había sufrido la guerra siempre pagando muy caro victorias militares ajenas, y que conocía la represión continua por parte de los poderosos, y que sabía distinguir las actitudes profundas, y las palabras de los hechos, y que pedía muy claramente una mano fuerte, porque al no encontrarla podía muy bien calcular la soledad en que quedaría llegada la hora de luchar sin tener siquiera el gobierno.

Y si todo este equívoco se dio en lo interno, mucho mayor fue el equívoco frente al enemigo exterior, donde casi todo se jugó a ser Chile la excepción, un país valeroso, cuya cultura intelectual y política y cuya historia peculiar garantizaban o podían garantizar su unidad ante el Imperio y ante la barbarie. De ahí la creencia demasiado a pie juntillas en la "irreversibilidad" del proceso. De ahí la política exterior que se apoyaba demasiado en la defensa de los aliados e ignoraba el razonamiento y la decisión del enemigo, que miraba demasiado al contagio que tendría como primer resultado el éxito del proceso chileno. Se creía poder conjurar ese factor repitiendo que Chile no exportaba su revolución.

Aislamiento, falta de perspectivas fundamentales en muchos, mitos, candor, hábitos deformantes de un largo parlamentarismo, mecanicismo y esquematismo de manuales, elitismo intelectual académico, desconocimiento empresarial y de la psicología de los hombres sometidos a una larga explotación, e ignorancia de los poderes y procesos mentales de los fuertes.

Asustada, sorprendida y vacilante, la derecha ensayó, una por una, todas las fórmulas posibles, desde la provocación y el pánico, pasando por el terror, hasta el paro general de octubre del 72 y las elecciones de marzo del 73. A partir de ese momento, abandonó toda esperanza y resguardo y fue colocando

las trampas en los lugares claves, enredando sutilmente los pies y los caminos del animal que se quería acosar, para matarlo en el momento elegido.

Todo habría resultado perfecto para los cazadores, para el Imperio, para los estrategas nacionales de un cambio de mando que les entregaría el poder que habían perdido. La cosa no resultó así por dos hechos. El primero, que el pueblo fue dándole un apoyo anímico a su gobierno cada vez más profundo, aportando verdaderas creaciones en nuevas formas de organización y de defensa y manifestando un señorío sobre el país y sobre la capital que aterrorizó a su enemigo, hasta hacerlo considerar primero y decidir finalmente la completa destrucción del orden existente, con tal de interrumpir el proceso. El segundo hecho, la intuición política, el sentido histórico y la consecuencia revolucionaria heroica, decidiendo sobre su propia vida, del hombre que llevaba por nombre Salvador Allende, que logró la hazaña, en las pocas horas que pudo resistir invencible en La Moneda, y con su sacrificio, de obligar a los golpistas a destruir todas las instancias institucionales y simbólicas de su legitimidad burguesa, colocando a Chile al centro del tablero de la política latinoamericana, y dejando así dobladas y redobladas todas las apuestas.